

El visitante





Reynaldo Paulino Chevalier
(Nan)

Escritor dominicano nacido en Puerto Plata en 1965. Ha publicado los poemarios *Las formas que retornan*, Búho, 1998; *Ave de mal agüero*, Letra Gráfica, 2003; *Espectros diurnos*, Búho, 2016; y *Presas de la inmediatez*, Editorial Funglode, 2017. Las colecciones de cuentos *La segunda señal*, Letra Gráfica, 2003; *El muñeco de trapos*, Editorial Funglode, 2012; *El domador de fieras y otros nanorrelatos* (minificción), Editora Nacional, 2014; y *La recámara aislante del tiempo*, Santuario, 2014. Las novelas *Ciudad de mis ruinas*, Letra Gráfica, 2007; *El hombre que parecía esconderse*, Alfaguara, 2014; *Viaje sin retorno desde un puerto fantasma*, Búho, 2015; y *Payaso al caer la tarde*, Amargord, 2017. Los libros de ensayos *Antihéroes onettianos: habitantes de proyectos fallidos*, Editorial Funglode, 2012, y *Pasión analítica. Apuntes sobre escritores dominicanos e hispanoamericanos*, Fondo Editorial Unapec, 2016. También ha editado *Antología I, del Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón*, Fondo Editorial Unapec, 2015, y *En tránsito. Antología de la cuentística dominicana actual (1970-2017)*, Amargord, 2017.

Entre otros, ha recibido el “Premio Nacional de Cuento Juan Bosch”, Funglode, 2011; el “Premio Único del III Concurso Nacional de Minificción”, Ministerio de Cultura de República Dominicana, 2013; el “Premio Nacional de Poesía Pedro Mir”, Funglode, 2016; y, con *Tibieza*, el “Premio Manuel Salvador Gautier de Novela”, año 2022.

Fue director de la Escuela de Letras de la Universidad Autónoma de Santo

Domingo y actualmente se desempeña como director del Departamento de Español de la Universidad APEC. Su obra ha circulado, a través de antologías y libros, por España, Puerto Rico, Argentina, México, Perú, Italia, Estados Unidos, Colombia, Guatemala y Costa Rica. Se licenció en Letras y también en Psicología en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, academia en la que cursó la Especialidad en Lengua y Literatura y la Maestría en Literatura. Es *Master of Social and Human Studies with a major in Latin American Literature*, por Atlantic International University, institución de altos estudios en la que obtuvo su título de Doctor en Literatura Latinoamericana.

El visitante

Nan Chevalier

“Los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar. El hecho (...) debilitó casi hasta suprimir la relación entre unos y otros, fijando el idioma de la especie en el grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a ser animal.”

Leopoldo Lugones (Izur)

Al día siguiente de enterarme del final de la historia, fui al parque zoológico para confirmarla; pero ya el sospechoso había desaparecido. Sin dudas, era quien yo imaginaba. En verdad, la visita al zoológico no constituye la culminación de los eventos; quizá sea yo quien ponga el punto definitivo. Mi procedencia me compromete.

Fue en el bar donde encontré a quien me la narró. Después de tomar unas cervezas, empecé a ordenar tragos de whisky y a conversar, sin dejar de posar una mano en la cicatriz del rostro. En otra mesa un hombre con camisa a rayas escuchaba, atento y burlón. No percibí cuándo llegó, de dónde provenía. En silencio, asentía y miraba tranquilo la puerta de entrada.

Dos noches después encontré nuevamente al hablador en el mostrador del bar; cerca se hallaba el sujeto con camisa rayada. El tono de voz indicaba que el hablador, Moisés (es el nombre que lleva ahora), había mezclado tragos. Cuando se levantó para ir al baño un crucifijo resplandeció en su cuello, y una presión abultada en el bolsillo le desarreglaba el pantalón. “Una pistola”, deduje.

Me intrigaba saber qué misterio ocultaba. No me agradaba la manera en que preguntaba y se respondía a sí mismo, pero me cautivó su relato; la parte de la anécdota que ahora le atañe. Seré fiel a los eventos que narró, aunque no logre reproducir sus peculiares monólogos:

—Antes de lo que me ocurrió, mi nombre era José de los Santos. Desde hace veinte años, trabajaba como vigilante diurno en el parque zoológico. Allí cuidaba de los animales, incluyendo mis propias gallinas. Hombre de campo que soy. No creo en las cosas del diablo; y mire que he visto mucho. Pero lo que me sucedió con el visitante no tiene perdón de Dios. Sobre todo lo que me dijo. Sí, ríase. Ustedes los del pueblo, ¡hasta que un día!

Le aclaré que yo también había venido del sur y que, curiosamente, mi apellido era el suyo. No respondió cuando le pregunté por qué enfatizaba la palabra visitante. Hizo silencio; combinó un trago mientras buscaba las palabras como quien hurgaba al tacto en un baúl de escombros. Prosiguió:

—La bestia (permítame que llame bestia, visitante o de cualquier otra forma al engendro ése; da lo mismo), el mono había permanecido unos meses en el zoológico. Recuerdo cuando lo llevaron: la lluvia se graba en los recuerdos. Y las miradas. Cuando vi sus ojos oliéndome pensé que algo más que una bestia iba encerrada en la jaula. No, no me mire asombrado. ¿Qué es lo que le resulta “filosófico”? Ah, claro. Pues mire que nunca fui a la escuela. —Y bien [otro trago]... el mono clavó en mí sus ojos y pensé: está triste, y un engendro amargado es capaz de cualquier cosa. Ya sé que los de la ciudad... Pero a veces el campo es la mejor enseñanza, ¿comprende?

Le cuento que miró como pidiendo ayuda. Yo conocía esa mirada: una vez un caballo... Apearon la jaula, cuidadosamente. ¿Tiene idea de lo que cuestan esas criaturas? ¿No? ¿De qué campo es usted? Pues debería saberlo. Nos hicimos amigos, el mono y yo, si se puede llamar confianza a la manera en que le entregaba las frutas y él ocultaba los ojos al recibirlas. Un día entendí que le gustaba comer carne, y huevos crudos. Sí, a mí también me resultó extraño, lo de los huevos. Más aún cuando me pidió (¿cómo explicarle esa parte de la anécdota?), cuando me hizo seña para que le sirviera refresco rojo. Se lo eché en un vaso plástico; siempre supe que una botella en manos de un animal es arma peligrosa. Me lo escupió en la cara. Fue el final de nuestra amistad. ¿Qué? ¿Por qué ríe? ¡Ah, le

resulta “curioso”! Cuando sepa en qué terminó todo, va a salir huyendo. ¡Hágame el favor! Lo habría matado, de haber llevado encima un arma. Yo botaba humo por la piel. Pero no crea que mostré más enojo que el del mono cuando probó el sabor de la bebida. ¿Qué esperaba que fuera aquel líquido? No me responda. También me equivoqué, aunque soy hombre de campo y desciendo de Los Santos. ¿Que si yo creo que la bestia pensaba que el refresco era sangre? ¡Por Dios! De todos modos, continué alimentándolo: para eso cobraba mi sueldo. Hay que ser responsable. ¿Anda con fósforos?

Encendió el cigarrillo; aspiraba el humo como reorganizando las ideas. Tras los cristales, la llovizna empezaba a caer. Las luces de los autos ensuciaron con una figura grotesca la noche de los cristales.



Fuente: Pixabay.

–Gracias. Muy amable. Empecé a fumar desde aquel día. No debería llover cuando hablo de estas cosas. Y usted, ¿por qué no fuma? ¿No le gustaría saber de qué morirá?

Le costó trabajo explicar que no le temía al destino, aunque evitara desafiarlo.

–Volviendo al tema: sepa que sí, creía que el refresco era sangre, el mono. A pesar de que me había ensuciado, la cólera fue desapareciendo de mi mente. Lo sentí tan triste; la misma cara de mi caballo al recibir el impacto de un auto. No es fácil entender la pena de los animales. Durante los siguientes días fingimos olvidarnos. Nos mirábamos con indiferencia, disimulando. Pero tiempo después empezaron a desaparecer las gallinas. ¿Pregunta usted que cuáles gallinas? La misma pregunta que me hizo el otro ayer. Ya veo que no está poniendo atención. ¡Las mías, claro! ¿Para qué va a criar gallinas un zoológico?

Le pregunté a quién se refería con “el otro”. Se irritó, e hizo la señal del silencio. Luego se pasó una mano repetidas veces por su camisa, como si fuera a rayarla. Y me preguntó si era cierto que yo también provenía de Los Santos. Con el zapato señaló hacia donde “el otro” comía huevos crudos. A continuación, reanudó el monólogo, en tono más bajo.

–Mis gallinas no aparecían por ningún lado. Y yo vuelta que vuelta por el parque, casi se me secan los zapatos. Hasta que un día descubrí plumas cerca de la jaula del mono. Y una tarde comprobé que alguien las estaba matando. ¡Azaroso! Dos días más tarde (no, los domingos no le trabajo ni al demonio), volví para alimentar al engendro; aunque me costaba mucho esfuerzo ocultar la ira, debía cumplir. Esperé hasta el momento en que se marchara el último turista; tenía un plan. Le acerqué sin entregárselos dos guineos. Fue estirando la mano mientras me retiraba lentamente de las rejillas. Cuando se acercó lo suficiente, acaricié con la punta de los dedos el palo; pero me contuve. Se acercó más, entre burlón y enojado. Era inteligente, no lo niego, pero no dejaba de ser una bestia,

y todo el mundo sabe que por la boca muere el mono. Introdujo el brazo para agarrar las frutas. El momento que yo había estado esperando. Me precipité con todas mis fuerzas golpeándolo una y otra vez. ¡Mono del demonio!, le gritaba descargando mi furia a palos. Y a que usted no va a creer lo que hizo. No, no quiera complacerme: hasta para los del campo la cuestión es asombrosa. Gracias. ¿Por qué lleva fósforos si no fuma? Es curioso, simplemente.



Fuente: Freepik.

Posó su mirada en la lluvia que se deslizaba en los cristales; su respiración aumentaba, como si reprodujera en el espíritu la escena narrada. Después dijo, con los ojos en otro mundo:

–Me crea o no, debo contárselo: la bestia se hincó en silencio, de espaldas, como si rezara. Cuando se volvió hacia mí, se había transformado: era un monstruo. Le juro que mascullaba en jerga animal. Los ojos así, vea: dos

bolas de fuego. Recordé mi caballo muerto, la lluvia horrenda. No salí huyendo, pero me fui muy rápido. El engendro halaba los barrotes de hierro con la intención de arrancarlos. Durante meses no me acerqué a la jaula; le tiraba guineos desde lejos. No entiendo cómo sobrevivió; cada vez que yo regresaba, allí permanecían los guineos, podridos o pudriéndose. Un sábado del séptimo mes fue cuando ocurrió lo que pudo convertirse en tragedia. De no haber sucedido lo que aconteció esa tarde, ni usted ni yo estaríamos sentados aquí.

Se detuvo un momento, bajó más la voz y mostró el crucifijo.

—No estaríamos hablando... al lado del de la camisa a rayas. El tiempo lo borra todo, dicen, y yo empezaba a olvidar lo sucedido. Ese sábado recibí mi paga; decidí beber unas cervezas. Nunca tomo en horas de trabajo, pero ese día actué como un salvaje. Salí del zoológico y pedí una yumbo en un colmadón. Al rato había bebido dos. Cuando retorné al parque, sentí deseos de continuar tomando. Me sentí fuerte, valiente. ¿Por qué temerle? Decidí repartir los alimentos temprano, inmediatamente después que saliera el último turista. Así lo hice. Entonces ocurrió algo inesperado al acercarme a la jaula de la bestia: al principio, el mono se mostró indiferente, contemplaba el horizonte. Pero cuando me tuvo a su alcance, ¡me agarró por el cuello! Si no me atravesó por las rejas fue porque no tuvo tiempo. Ahora usted comprende esta cicatriz, vea. ¡Por favor, no diga que no se había fijado! Me la produjo con la presión del brazo sobre el hierro. Se doblaron las varillas. Pero el dolor y el miedo son sensaciones diferentes, los del campo creemos eso. A veces el horror empieza donde termina el sufrimiento. Y eso fue lo que ocurrió. Ya empezaba a no sentir nada de tanto dolor, cuando aconteció la situación más perturbadora. Desde entonces ando con esto, mire.

De su cuello desprendió el crucifijo y lo acercó; después extrajo, no un arma, sino un enorme candado de un bolsillo. Continuó hablándome:

—Mire bien: si Dios no puede alejar la bestia cuando ella y yo nos encontremos, este candado será mi salvación. Me meteré en una jaula y no habrá quien me haga salir jamás. Aunque muera de hambre. ¿Que qué fue lo que me dijo al oído? ¿Ahora sí quiere saber qué murmuró el engendro? Sé que los monstruos no hablan; pero yo oí un chillido que dijo: “No soy de este mundo. Usted se llama José de los Santos”.

Ante una seña, le acerqué el fósforo una vez más; introdujo el pesado candado en el bolsillo, acabó de vaciar el vaso.

—Desde entonces juré que ese demonio no me iba a agarrar asando batatas. He tomado precauciones: cambié de nombre; jamás trabajé cerca de animales. Pero no le miento si juro que antes de anoche percibí una figura reflejada en ese cristal, un negro peludo. Me pareció conocido.

Hizo silencio, como quien resolviera una ecuación. Le llené el vaso. Finalmente me susurró:

—¿Y el tipo de la mesa... dónde está?

El hombre con camisa a rayas se había marchado, imperceptiblemente. Al día siguiente, volví al zoológico para ver el mono. El nuevo encargado no pudo explicar su escapada. Me mostró el interior de la jaula: guineos podridos, camisa, y un papel con unos garabatos: por tu nombre te encontraré.



Jaula vacía. Fuente: Flickr.